

El Comercio

EDITORIAL

Sin seguridad ciudadana no hay despegue económico

Tenemos que ser realistas: el promisorio momento económico que vive nuestro país, con un crecimiento del PBI del 7% anual, puede irse al garete si no se enfrenta decisivamente el grave problema de la inseguridad ciudadana.

¿Quién va a seguir invirtiendo en un país que no ofrece las mínimas garantías para la integridad de sus residentes? ¿Cómo podremos promover más inversiones, ahora que tendremos un TLC con EE.UU., cuando ni siquiera podemos asegurar tranquilidad a los ciudadanos de a pie y los empresarios? ¿Qué cara, en este sentido, vamos a mostrar al mundo cuando seamos anfitriones de la cita del APEC el 2008?

Estas son las preguntas que debe afrontar el Gobierno, y particularmente el Ministerio del Interior, con su titular Luis Alva Castro a la

cabeza, ante la imparable e intolerable escalada de atentados contra la vida, la integridad física, la propiedad y el derecho constitucional e inalienable de todos los peruanos a circular libremente.

No hay un solo día en que no se produzcan robos o secuestros al paso, asaltos a ómnibus en la ruta interprovincial o atentados criminales contra policías, como el ocurrido en el VRAE.

Ante esto la respuesta del sector Interior sigue siendo limitada o ineficiente. Y esto se debe no solo a la falta de recursos logísticos (seguimos con déficit de patrulleros) sino a la falta de voluntad política para elaborar y ejecutar un plan integral que incluya desde patrullajes y equipamiento hasta la desactivación de las bandas delictivas que siguen operando desde los penales.

El problema es muy grave, y no se limita solo

“Según la última encuesta de Apoyo, el 83% de los limeños no vive tranquilo en las calles ni dentro de sus casas, lo que revela que la preocupación ciudadana por la inseguridad casi se ha duplicado respecto del 2004. Esto obliga al Gobierno a retomar con urgencia y seriedad la postergada reforma policial desde sus más altas estructuras de mando”. EDITORIAL DE EL COMERCIO/26 DE ABRIL DEL 2007

a Lima, sino que afecta a todo el país.

Así, una de las regiones con mayor crecimiento descentralizador, como La Libertad y su capital Trujillo, sufren en grado sumo los embates de la inseguridad ciudadana, a manos de mafias que cobran cupos y chantaje a taxistas, comercios y agentes económicos. Esta situación es insostenible y amerita la urgente coordinación entre la Municipalidad Provincial y el sector Interior para tomar inmediatas medidas radicales.

Uno de los problemas de fondo, en este escenario, es la indecisión para avanzar en la municipalización de la Policía Nacional, empezando por transferir a los concejos el control del tránsito.

En el caso del VRAE, la lucha contra el narcoterrorismo exige acciones firmes que deben ser lideradas por la Policía Nacional y apoyadas por las Fuerzas Armadas, para poder ven-

cer a un enemigo ensoberbecido en una zona especialmente agreste y difícil.

Luego, en el sur las mafias de contrabandistas osan enfrentarse a las fuerzas del orden para seguir ingresando y comercializando productos prohibidos, todo lo cual pone en evidencia los lastres de informalidad, el desorden y el caos que conspiran contra el proyecto nacional de catapultarnos al desarrollo y el orden.

Estamos, pues, en un punto de quiebre. Si el Gobierno insiste en sostener a un ministro solo por su filiación partidaria, pues tendrá que asumir la responsabilidad y las consecuencias de su deficiente accionar, mucho más graves en esta especial coyuntura, pues podrían frenar todo un proyecto nacional de desarrollo económico y social, por el que nos hemos sacrificado demasiado. ■

¿QUÉ REPRESENTA CAMISEA II?

La oportunidad y el riesgo

Juan Incháustegui Vargas

Ex ministro de Energía y Minas



La aprobación por el BID de un crédito de 400 millones de dólares para el proyecto de exportación del gas de Camisea llamado Camisea II, ha puesto en el tapete de la política y el desarrollo del país, un tema crucial para su futuro. Debemos preguntarnos si no sería mejor agregar el mayor valor posible al gas natural y, entonces, tendremos que analizar cuáles son las posibilidades de transformación más adecuadas a nuestras necesidades.

Una primera conclusión —de la que podremos felicitarnos de haber actuado bien— es que su facilidad y limpieza relativa para usarlo en la generación de electricidad, la estamos aprovechando al máximo. Así hemos podido atender un crecimiento espectacular de la demanda de electricidad, que va camino de duplicarse en seis o siete años, gracias a la instalación rápida y oportuna de centrales eléctricas a gas, que ya van a llegar a cubrir la cuarta parte de nuestro consumo. Para hacer eso posible, todos los consumidores de electricidad hemos tenido que prepagar por los recibos de energía eléctrica, la llamada “garantía de red principal” que es una parte del costo del transporte del gas, que nos ha permitido hacer realidad la puesta a punto del gas de Camisea, veinte años después de su descubrimiento, y mantener las tarifas eléctricas bajas, recuperando

así, en exceso, lo prepagado. Se fijó también con ese propósito un precio inicial del gas en boca de pozo, bajo o promocional de 1 dólar por millón de BTU, para el uso del gas para generación de electricidad, que en otros países cuesta tres o cuatro veces más.

Llega ahora el momento de procurar el uso o la transformación del gas en insumos o productos finales de uso industrial y su exportación convertido en gas licuefactado, para ser regasificado en los mercados de destino y utilizado como combustible o insumo industrial. Esta aparente disyuntiva es la que debe merecer un análisis cuidadoso y permanente y que ha motivado expresiones de preocupación u objeción a la exportación del gas, que es precisamente lo que hará el proyecto Camisea II.

Aquí el tema se complica, porque tiene que ver con conceptos claves como la cantidad de gas que tenemos, es decir las reservas probadas, la demanda del mercado local y de exportación del gas y de sus derivados, y su evolución en el tiempo. Una primera conclusión elemental es que la prioridad corresponde de sin duda al abastecimiento de la demanda local y, por tanto, ningún contrato o acuerdo de explotación o transformación debe privar al país de la facultad soberana de disponer y ejecutar la preferencia de la atención de su mercado interno. En ese sentido, en el gobierno anterior se distorsionó grave y sospechosamente la norma que disponía la obligación de mantener un horizonte permanente de reservas probadas que permitiera atender en to-

do momento la demanda local proyectada a 20 años.

De otro lado, las reservas, que son la base de toda proyección de uso, tienen un reconocido carácter dinámico. Es decir, para aumentarlas, es preciso explorar y para que haya interés y se realicen exploraciones debe haber mercados y, por tanto, producción. Este aparente círculo vicioso debe convertirse más bien en virtuoso y eso es lo que sostienen los defensores de la exportación del gas. Es decir, a más producción y exportación, más exploración y, en consecuencia, más reservas.

Las reservas probadas a la fecha llegan a los 11,93 trillones de pies cúbicos o TCF (tera pies cúbicos) y el consumo proyectado local, sin incluir la transformación petroquímica del gas, se proyectaría a un máximo de 6 TCF en 20 años. La exportación anunciada será de 600 millones de pies cúbicos por día, MMpcd, equivalentes a 4,38 TCF en el mismo período de 20 años. En cambio se ha subastado para su transformación petroquímica primaria (o sea conversión en úrea y metanol) solo 150 MMpcd equivalentes a 1.095 TCF siempre en 20 años y ha habido más postores en esa subasta, a los que ya no se ha podido conceder o asignar ningún volumen de gas. En otras palabras, se estaría prefiriendo exportar el gas y no transformarlo localmente para generar más trabajo y más renta para el país y, a la vez, abastecer el mercado interno y exportarlo como petroquímicos.

Pero ese objetivo enfrenta un mercado limitado y con barreras naturales y ventanas de tiempo, además de dependencia de las características del gas, para producir petroquímicos más complejos como los polietilenos. Por consiguiente, la opción de exportar no es simple ni el mercado fácil e inmediato. Naturalmente todo estaría resuelto si las reservas aumentaran.

Por consiguiente, la anhelada buena noticia de un incremento de reservas en varios de los lotes en exploración que se vocea cada vez más, es un factor a favor de la exportación. Empero, una definición concreta y firme sobre el derecho soberano del país a preferir, en todo momento, el abastecimiento al mercado local, es una obligación que el Gobierno no puede soslayar. ■

HUMOR PROFANO

Por Molina



CUANDO LAS BRECHAS SOCIALES SE ACENTÚAN

México, desigual hasta en fiestas

Editorial

El Universal México



Siete millones de personas viven las fiestas de fin de año entre pinos de Navidad de hasta 27 mil pesos; al mismo tiempo, en el mismo país, una población casi cuatro veces mayor —44 millones— tendrá suerte si consigue alimentos con qué celebrar estas fechas.

Estamos hablando de México, uno de los lugares en donde las diferencias entre el 10% más rico de la sociedad y el resto de los sectores sociales son mayores. Más allá de los estudios de las Naciones Unidas y del Banco Interamericano de Desarrollo que lo demuestran, cualquier persona puede constatarlo con la realidad.

Exportamos al vecino país del norte a miles de personas que no pueden sostener un hogar de manera digna mediante un empleo formal mientras importamos de ese mismo destino artículos de lujo para gente acaudalada.

El año que termina fue paradójico en ese sentido por la llegada de marcas como los autos Bentley —con un valor superior a medio millón de dólares— o la

tienda Saks proveniente de Nueva York y cuya única sucursal fuera de Estados Unidos y dos naciones de Oriente Medio se encuentran en la ciudad de México.

Muchos son los factores que explican la disparidad. Al menos 85 programas sociales del gobierno federal —entre ellos los de combate a la pobreza— son deficientes de acuerdo con el Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval). Aunque la mala distribución en el ingreso no tiene que ver solo con lo que el gobierno hace, o hace mal, sino con lo que no hace.

Nulo o escaso poder de intervención tienen los órganos autónomos como la Comisión Federal de Competencia en contra de los monopolios, fenómeno que ha sido responsabilizado por la falta de competencia y de frenar el desarrollo, lo que ayuda a generar iniquidades. No es, por supuesto, la única debilidad del diseño institucional.

Aún carecemos de una política fiscal y taxativa que aminore el desequilibrio y estimule el crecimiento, y nos faltan, como sociedad, discusiones en otros temas de fondo que nos permitan, por citar uno de estos debates notorios, establecer la pertinencia de comenzar a gravar las utilidades en el mercado bursátil, como ya

sucede en otros países.

Muy pocos deben sentirse satisfechos hoy en día, incluido el gobierno federal, por vivir en un sistema que solo ha producido desigualdad en las últimas décadas, lo que produce crecientes tensiones en la sociedad, y una molestia explícita y reflejada en distintos campos de una vida nacional polarizada.

Ser pobre en México no es solo una categoría económica, sino una clasificación que está llena de externalidades. Por ejemplo, si una persona de clase baja o media cae en la cárcel, la justicia no se aplica bajo el mismo criterio de una persona pudiente. En materia de educación, la brecha entre los niños mexicanos se puede leer en el nivel de ingresos de sus padres.

Pero la discusión sería maniquea e inútil si se centrara en el anacrónico debate de ricos contra pobres. No se trata de fustigar a quienes más tienen, porque la desigualdad económica no tiene como origen el esfuerzo de quienes más ingresos han acumulado con el tiempo, sino en la falta de una visión de Estado de largo plazo y políticas públicas que nos permitan caminar hacia un país que no nos genere dolor ni rencor, como todavía, lamentablemente, sucede. ■

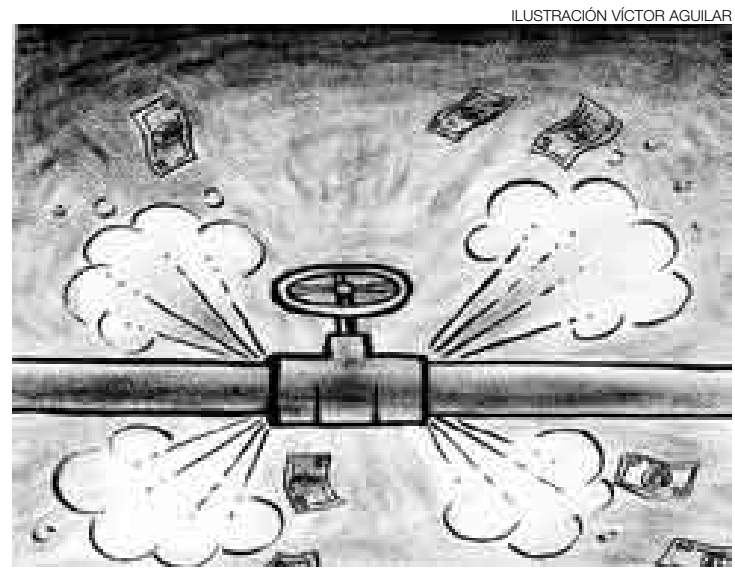


ILUSTRACIÓN VÍCTOR AGUILERA

rincón del autor

Abelardo Sánchez León



Mi mar es un océano de lo grande que es y le da la espalda a mi país y me aleja de casa. Subo el acantilado al caer la tarde, transpiro en el esfuerzo y retorno

El Bósforo y el Rímac

Orhan Pamuk ha vivido siempre en su ciudad natal. Pertenece a esa estirpe de escritores que, si por ellos fuera, viviría incluso en la misma casa paterna de siempre. En su libro “Estambul” logra una simbiosis difícil de alcanzar: entre la vida cotidiana a la de su ciudad y la hilvana al curso de la historia. La esencia

de su ciudad es su río: el Bósforo, del que he oído hablar poco; sin embargo, en la pluma de Pamuk, adquiere una energía muy superior a la de otros ríos famosísimos como el Sena o el Támesis. El Bósforo es un río que vincula dos mares y atraviesa Estambul como una navaja iluminada en la bruma. Tiene una corriente revuelta, de tránsito pesado, y cuenta con

numerosos puentes. Los dominicos las familias acostumbraban visitarlo como una manera de exorcizar el trájín de la semana. Pamuk ama el Bósforo, además, porque las constantes riñas conjugales de sus padres adquirirían otro significado cuando los oía discutir al pie de una de sus orillas durante alguno de aquellos domingos.

Lima no tiene un río de esas dimensiones. Si tuviera que buscar la esencia de mi ciudad no lo haría en el Rímac, de aguas escasas, cuyo lecho se ha convertido en un muladar. Si debo pensar en ríos debo recurrir a esas serpientes de oro de nuestra selva: el Ucayali, el Marañón o el Amazonas. El río más completo de mi país pertenece a la literatura, pues “la vida baja como un ancho río” y es el poema de Javier Heraud; él mismo es un río que va bajando por las piedras anchas, por las rocas duras, por el

sendero dibujado por el viento.

Yo no tengo un río. El río de mi infancia me lo han despojado. Mi río quedaba más arriba de Chacabayo y yo me sentaba, con los pantalones remangados, encima de sus piedras gigantes. Mi río es motivo de angustia durante el verano, porque arrastra la revancha contenida de una sierra olvidada. Mi río se adelgaza cuando llega a San Martín de Porres y antes de tropezar con el mar lo habita una ensenada de drogadictos.

El mar, pienso, es mi Bósforo.

Ese mar verduoso y contaminado que se embalsa en la bahía. Trato de recordar alguna riña entre mis padres para sentirlo verdaderamente mío. Mi mar es un océano de lo grande que es y le da la espalda a mi país y me aleja de casa. Subo el acantilado al caer la tarde, transpiro en el esfuerzo y retorno. Como Pamuk pertenezco a esa estirpe que vive en su ciudad natal, casi en la misma casa de siempre. Y la casa es un lugar donde no solo se mira la ciudad, sino el mundo. ■